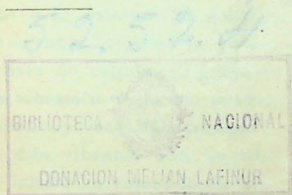


23  
Al Dr. D. Luis Melián Lafinur

En afuro.

El autor

ARIEL



# ARIEL \*

---

81.434

Como los jóvenes discípulos del buen Próspero, al despedirse del viejo maestro que les había congregado una vez más, pasado un año de tareas, junto á la estatua de *Ariel*, desde donde acostumbraba dirigirles la palabra, en la anuplia sala de estudio (1), conservo la persistente vibración de la voz suave del preceptor austero, cuyo eco fiel, transmitido por la pluma más vibrante aún de un joven mago de las letras, ha resonado en mi alma, conmoviéndola profundamente, al leer

(\*) **Ariel**, por JOSÉ ENRIQUE ROBÓ. Montevideo; Imprenta de Dornaleche y Reyes; 1900.—Un tomo en 12.º de 141 págs.—Es el volumen III de la serie que con el título de «La vida nueva» viene publicando el autor.

(1) Pág. 5.

las páginas en que se hallan consignados los hermosos conceptos de un espíritu ávido de belleza; de un cerebro luminoso, pronto siempre á derramar la riqueza de su numen; de un corazón dulcísimo, que, manantial de cristianos afectos, hace verdaderamente real la frase del Justo: *de la abundancia del corazón habla la boca*.

Pocos libros, entre los que me ha sido permitido leer, han dejado en mi espíritu una impresión semejante á la que en él dejó, con profunda huella, el cincel divino del artífice que, modelando el concepto en la forma escultural del sublime humano lenguaje, da á luz la obra grandiosa, la hermosa estatua símbolo del pensamiento, amasada con música de palabras, á la cual le ha bastado darle un suave golpe en la frente y decirle: *habla*, para que se irguiera como un genio fantástico, envuelto en nimbo radioso, ostentando en la diestra un libro en cuya portada se lee: ARIEL, POR JOSÉ ENRIQUE RODÓ, llevando el verbo de luz á las inteligencias perezosas, derramando el crisma de la verdad en las frentes adormidas, transmitiendo el grito de ¡esperanza! al corazón desmayado.

¡Bienvenido seas, ¡oh, libro! que sobre el

oleaje del mar revuelto de la contradicción humana derramas el suave aliento de la elocuencia consoladora que indica á las almas que padecen con el dolor que les causa la visión, ¡ay! cada vez más lejana, de la perfección moral, los horizontes risueños que permiten columbrar el valle en donde en santo consorcio se reúnen los espíritus excelsos para rendir culto á la deidad inmortal, personificación augusta de lo bello!

Y tú, ¡oh, autor de tan hermoso libro!, tú, que contemplando á “Aldebarán que ciñe una púrpura de luz; á Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; al Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza” (2), hundiste la mirada de águila en las profundidades del firmamento y aprendiste que mientras aquí la muchedumbre pasa, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira; tú, que en la vibración de las estrellas has visto el movimiento de unas manos de sembrador (3), ¡recibe el cordial abrazo de un pobre enamo-

(2) Pág. 140.

(3) Pág. 141.

rado del Ideal, como anticipo á las saluciones que forjarán un nimbo para tu frente pensadora, y que se levantarán en la América entera, á cuya juventud dedicas tu Evangelio, como el hosanna jubiloso de las almas que esperan oír la palabra que alienta, que cura y que levanta, y que llegan, por fin, á oírla, como el himno melodioso de la esperanza y de la vida, que extiende como un manto sus ondas de armonía sobre el ámbito del suelo en que pululan los sedientos de justicia, los ansiosos de verdad, los ávidos de luz!

\*  
\* \*

Buena es la obra, sí; ¡es buena! En la materialidad de su confección se hallará uno que otro vocablo, que no usurparía el puesto al que lo hubiera ocupado si las corruptelas del idioma en América no conspiraran constantemente contra los preceptos del habla



castellana: ¡pero eso es tan poco y tan fácil de corregir en una futura edición! Podrá decirse, también, que el buen Próspero debió dividir su discurso en dos ó tres jornadas; lo que hubiera dado lugar á que el escritor luciera las galas de su ingenio en el exordio y en el epílogo de cada una de ellas: ¡no fué previsto el caso! Y no le permitió quizás preverlo al autor de la obra, el fuego mismo conque hace exponer á su héroe la tesis que llena las celdas del pensamiento creador y que, informada vigorosamente, en una activa marcha de crecimiento desde el punto inicial, que la conduce con celeridad al perfecto desarrollo, busca romper la cárcel que la encierra, para expandir su vitalidad; así como la crisálida rompe el capullo, para buscar el aire y la luz, y se posa en la hoja trémula del rosal, batiendo las alas espléndidas, cubiertas de áureo polvo, para llevar encanto á la mirada de los apasionados admiradores de la gentil Naturaleza.

Pero la obra es buena: su lectura no mata ningún entusiasmo, no debilita ninguna creencia, no amortigua ninguna ambición generosa. Y esto es mucho, muchísimo en una época

en que las prensas sudan para dar vida al libro que siembra desencantos, que labra indiferencias, que produce enervamientos. De cualquier punto de vista que se considere, la obra de nuestro Rodó merece el beneplácito de los espíritus sanos, porque es sana ella misma. Su tendencia á empujar el alma hacia los altares en que se rinde culto á lo delicado y á lo bello, haciéndola desviar de la senda del utilitarismo en que la arrastra enceguecida y maniatada la materialidad del siglo, es una tendencia bienhechora: es la potencia del esfuerzo moral que se pone frente á frente del poder material para arrancar de sus garras á la paloma cándida del alma que, sorprendida por la vorágine de las pasiones en lucha, cayó á tierra y manchó sus alas con pesado lodo; ¡tan pesado, que se le ha hecho difícil remontar el vuelo para cerneirse nuevamente en el espacio, mirando desde cierta distancia lo impuro de la tierra y contemplando de lleno la nítida esplendidez de las Alturas!

Podrá la sutileza filosófica hallar punto vulnerable para la controversia en las páginas siempre puras, siempre serenas, siempre cristianas, siempre excelsas del impon-

derable ARIEL; mas todos pueden y deben leerlo: todos pueden y deben leer ese imponderable ARIEL á que acaba de dar vida el ilustrado y juicioso escritor José Enrique Rodó, orgullo de nuestra patria, la cual puede muy bien jactarse de contar entre los hijos que la honran al joven literato cuyo nombre se pronuncia ya en toda la América, y hasta en Europa, con el respeto y la admiración que sólo saben despertar los que tienen caudal propio científico, adquirido en el estudio perseverante y en el cultivo honrado de las relaciones íntimas con los misteriosos personajes impalpables que forman coro en las secretas tertulias del aéreo palacio del pensamiento, donde, mariposas de luz, pululan las ideas, dejando chispas bienhechoras en los cerebros privilegiados que saben acercarse a ellas.

Leed ARIEL porque, como dice su autor:  
" *Ariel* es la razón y el sentimiento superior. *Ariel* es el sublime instinto de perfectibilidad por cuya virtud se magnifica y  
" convierte en centro de las cosas, la arcilla humana á la que vive vinculada su luz,—  
" *la miserable arcilla* de que los genios  
" de Arimanes hablaban á Manfredo. *Ariel*



„ es, para la naturaleza, el excelso corona-  
„ miento de su obra, que hace terminarse el  
„ proceso de ascensión de las formas orga-  
„ nizadas, con la llamarada del espíritu.  
„ *Ariel* triunfante, significa idealidad y or-  
„ den en la vida, noble inspiración en el  
„ pensamiento, desinterés en moral, buen gus-  
„ to en arte, heroísmo en la acción, delica-  
„ deza en las costumbres.—El es el héroe  
„ epónimo en la epepeya de la especie; él  
„ es el inmortal protagonista; desde que con  
„ su presencia inspiró los débiles esfuerzos  
„ de racionalidad del hombre prehistórico,  
„ cuando por primera vez dobló la frente  
„ oscura para labrar el pedernal ó dibujar  
„ una grosera imagen en los huesos de reno,  
„ desde que con sus alas avivó la hoguera  
„ sagrada que el arya primitivo, progenitor  
„ de los pueblos civilizadores, amigo de la  
„ luz encendía en el misterio de las selvas  
„ del Ganges, para forjar con su fuego di-  
„ vino el cetro de la majestad humana,—  
„ hasta que, dentro ya de las razas supe-  
„ riores, se cierne deslumbrante sobre las  
„ almas que han extralimitado las cimas na-  
„ turales de la humanidad; lo mismo sobre  
„ los héroes del pensamiento y el ensueño

„ que sobre los de la acción y el sacrificio;  
„ lo mismo sobre Platón en el promontorio de  
„ Súnium, que sobre San Francisco de Asis  
„ en la soledad de Monte Albernía. Su fuer-  
„ za incontrastable tiene por impulso todo el  
„ movimiento ascendente de la vida. Venci-  
„ do una y mil veces por la indomable re-  
„ belión de Calibán, proscrito por la barbarie  
„ vencedora, asfixiado por el humo de las  
„ batallas, manchadas las alas transparentes  
„ al rozar el “eterno estercolero de Job”,  
„ *Ariel* resurge inmortalmente, *Ariel* reco-  
„ bra su juventud y su hermosura y acude  
„ ágil, como al mandato de Próspero, al lla-  
„ mado de cuantos le aman é invocan en la  
„ realidad. Su benéfico imperio alcanza, á  
„ veces, aun a los que le niegan y le desco-  
„ nocen. El dirige amenudo las fuerzas cie-  
„ gas del mal y la barbarie para que con-  
„ curran como las otras, á la obra del bi n.  
„ El cruzará la historia humana, entonando,  
„ como en el drama de Shakespeare, su can-  
„ ción melodiosa, para animar a los que tra-  
„ bajan y á los que luchan, hasta que el  
„ cumplimiento del plan ignorado á que obe-  
„ dece le permita — cual se liberta en el  
„ drama, del servicio de Próspero, — romper

„ sus lazos materiales y volver para siempre  
„ al centro de su lumbré divina ” (4).

Leed ARIEL, si queréis bañar vuestro espíritu en la fuente perfumada que estimula las fibras de la vida, empujándola á las grandes concepciones; si queréis recrear el entendimiento haciéndole visitar el velado santuario en que ejerce el alma sus más sublimes misterios (5); si deseáis para el corazón las puras satisfacciones engendradas al calor del culto de lo delicado, de lo bello, de lo ideal, ¡de lo que jamás perece!

Y si queréis oír la armonía deliciosa de un poema dulcísimo cuya vibración hará que sintáis algo así como un rocío de amor, de consolación, de esperanza sobre la caldeada envoltura del alma calenturienta, que sueña quizás con imposibles, leed ARIEL. Leedlo y os sentiréis mejores. Hay en sus páginas el bálsamo divino recogido en las palabras de los buenos, de los que antes sembraron, y el jugo ambárico de una inteligencia joven y sana que se ha propuesto hacer el bien difundiendo la buena doctrina, arrojando sobre

( 4 ) Pág. 135.

( 5 ) Pág. 33.

las multitudes, con mano de sembrador consciente, el germen de un evangelio tan oportuno como apropiado para arrancar á su ensimismamiento á las masas humanas, absortas ante el ídolo de barro, y obligarlas á mirar al cielo, que las mira, para que hallen sus ojos la luz de la idealidad que las conduzca, en adelante, por los caminos de la moral perfecta.

Leed ARIEL: yo lo he leído y volveré á leerlo. Leedlo, ¡oh, jóvenes! y haced que también lo lean vuestras prometidas. ¡Yo, lo he enviado á la mía!



Joven apóstol que vas dejando en tu tiempo y en tu generación el fruto de una inteligencia forjada en el yunque en que se informa la obra de subido precio: ¡la acción que desenvuelves es altamente meritoria! Semilla santa arrojas en los surcos que abres tú mismo con prolija mano al preparar los espíritus para recibir la luz de la verdad: ¡santo ha de



ser el fruto y sabrosos los jugos todos de la tierra, prolífica para la santidad por la eficiente acción de tu augusto ministerio! Encarnación del símbolo que creaste, aunque ella no te mire, ¡no separes tus ojos de la multitud! Astro que te deslizas en la tierra llevando bajo el cráneo el foco de la luz de los ideales, ¡haz que escintilen los fulgores de tu frente pensadora como aleteos de ígnea mariposa, para llamar á la senda de la luz y de la vida á las pobres greyes humanas que siguen, sólo por instinto, muchas veces, las huellas de lo torpe y material!

¡Educa, joven maestro!

**Constantino Becchi.**

Montevideo, 20 de Febrero de 1900.

